



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9486

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

JUEVES 15 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

**Sección agrícola:** Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

**Minas y Maquinaria:** Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillos.—Cables.—Desincristante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

**Construcción:** Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrés, romates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

**Mobiliario:** Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Báculas, etc., etc. PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

COLABORACION INEDITA.

### LA ESPADA DE DUPONT.

Los que hayan vivido, hace muchos años, en la calle de Tudescos, habrán conocido, seguramente, al famoso preñero Perico López. Señor Pedro le llamaban, familiarmente, en el barrio, y no había nadie que no ponderase su habilidad extraña para vender caro lo que adquiría á infimo precio. La Mitica Nacional le proporcionó abundantes ingresos. De ciertas amistades que tuvo con algunos aventureros políticos, alcanzó provechoso fruto: adquirió por una *fulesa*, sables

enormes de diversa hechura y de longitud muy diferente; tanto, que los había parecidos á los enormes espadones de los dragones franceses, y otros, eran tan cortos de dimensiones, que semejaban casi navajas de Albacete con empuñadura. En la tienda del señor Pedro apenas quedaron ni espadas ni fusiles aunque estuvieran mohosadas unas y estropeados ó inútiles los otros. Los oficiales de las tropas, improvisadas por el entusiasmo revolucionario, buscaron en la preñería del señor Pedro el arsenal en que podían proveerse de las armas necesarias á la causa de la libertad patria, como entonces se decía.

Había, en la tienda de López, un verdadero bazar de objetos extraños: molduras de marfil japonesas; abanicos de la época de Luis XV con variadas de nacar, que eran un primor de dibujo y filigrana; juegos de ajedrez tallados; relojes que daban las horas y hasta los segundos con música; bastones de mando; pistolas de chispa; espingardas marroquitas; corazas de la guerra de la Independencia; figurillas caprichosas de porcelana vestidas de blanco, con salpicaduras deslumbrantes de oro; pulseras de plata oxidada; cadenas de reloj extravagantes, sortijas inverosímiles; cuadros pintados sobre placas de zinc ó de hierro; dagas toledanas con empuñaduras, roídas por el moho, pero que parecían de encaje por su labor sutil y delicada; bronceos raros; molduras y hasta rodellas; bajo relieves; platos con tintas de oro rojo deslumbrador, y otros mil objetos, dignos de la pluma con que escribió Balzac las primeras páginas inolvidables de su *Piel de Zapa*.

Todo este lo tenía en mucha estima el Sr. Pedro, y cuando asomaba su cabeza calva, salpicada de canas, al escaparate de su tienda y sus ojos grises, del color del agua mezclada con el jabón, miraban complacientes aquel museo microscópico de arqueología casual—en el

que había mucho de contingente y su larga nariz parecía olfatear los recuerdos que evocaban aquellas cosas, y se le encrispaba el bigote cano, y como que se le proyectaba la pálida amarillenta faz, nadie en el barrio dejaba de considerar un mortal dichoso al héroe de nuestra breve historia.

Pero lo que más amaba en el mundo—después del *agua fuerte* que usaba de continuo para evitar fraudes en los metales que á título de preciosos le vendían—era á Sara, su hija, una morena corpulenta y hermosa, de labios como fresas, encendidos y rojos, nariz aguileña, fina y abierta, como se suelen ver en las caras seductoras de las *huerfanitas* de Murcia, ojos negros y relampagueantes, como nube de tormenta en estío, frescas mejillas, seno robusto y amplio, voz alegre, maneras desparpajadas, sin pasar los límites de la honestidad, y costumbres tan inocentes como negociadas.

La casualidad, que tantas cosas arrogló y desarrogló en el mundo, quiso que Sara—á quien tenían por mujer nada religiosa y como tocada de judía, por su nombre, los vecinos—conociera á un mozalbete estudiante de Farmacia, que vivía en la casa frontera á la suya y comía peor que D. Quijote, porque no se sustentaba jamás con palominos, por añadidura, como el manchego hidalgo, y ya se dá por contento cuando su patrona no le servía platos como aquellos de que habla Quevedo en su *Gran Tacaño*, de agua tibia que sirviera de estanque á insustanciales patrafas.

El tal estudiante comenzó por hacer guiños á la moza. De los guiños pasó á las palabras. De éstas á las cartas, hasta que logró establecer correspondencia amigable con Sara, que empezó en coqueteo inocente y acabó por pasión de puro encendida, casi rabiosa.

Tan vehemente llegó á ser para la chica y para aspirante á confesionario de sus pasiones.

Por aquel tiempo hizo el señor Pedro un prologómeno de contrato: adquirió, en principio, pero sin comprometerse de modo definitivo, una espada que le dijeron que era, por muchos títulos, una adquisición de mérito imponderable.

Se trataba nada menos que de la espada que entregó Dupont en Bailén al general Castaños, en aquella ocasión en que el bravo, aunque vencido general francés; dijo al caudillo español.

—Le entrego una espada vencedora en cien batallas.

A lo que el general español contestó con modestia.

—Pues yo, esta es la primer batalla que gano.

El señor Pedro dudaba que una espada tal se le ofreciese por un poseedor legítimo á precio que no le parecía á él, con ser tan avaro, muy escosivo.

La quiso tener en su poder unos días, porque tenía barruntos de que fuera acceso ilegítimo, para examinarla, consultar á peritos de su confianza, averiguar si era auténtica por los medios á su alcance, y ofrecerla, á cambio de la remuneración consiguiente, que él consideraba pródiga de antemano, al Estado.

Aquella espada, como el sable famoso de Paturot, «era el día más famoso de su vida»

El heroísmo, á él, comerciante que para nada valían los recuerdos, era cosa de poca monta; lo que á él le importaban eran, hablando propiamente en plata, los «cuartos.»

Puso la espada junto á la cabecera de su cama y se durmió. Apenas había cerrado los ojos comenzó á soñar, á soñar con la espada de Dupont. No vió, ni por casualidad, en sueños la trágica batalla de Bailén, ni á nuestros soldados ennegrecidos por la pólvora, ni la sangre allí vertida, como lo ha visto, há poco, Sellés, con inspiración acaso no comprendida; ni el humo y los fognazos de los cañones. Lo

que veía eran las monedas apiladas en montones que esperaba lograr á cambio de aquella «joya histórica.»

Y soñando, soñando, oyó ruido muy cerca de él. El ruido le alarmó. Alzóse como un sonámbulo, echó mano á «la espada de Dupont», más como avaro que como héroe, y se lanzó fuera de su alcoba.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! gritó con voz ronca y esgrimiendo la espada que el creía del general Dupont. Cuando despertó de su sueño so encontró delante de su hija, muerta por él y por la espada del general francés, mientras el estudiante de Farmacia pedía á voces socorro, herido en la cabeza, de una tremenda cuchillada.

El señor Pedro acabó sus días en un manicomio, y «la espada de Dupont» fue convertida por un mercader de hierro viejo en un asador de cocina.

Así acaban muchas ilusiones de los hombres perseverantes, de voluntad entera como la del señor Pedro, en este mundo precedero: en tragedia horrenda, con epilogo de sainete.

José Miralles y González.  
(Prohibida la reproducción.)

## Variaciones

CHARRADA

Tengo un criado muy todo,  
y tan torpe el pobre es,  
que ayer ha *prima tercera*  
un precioso *dos con tres*.

L. F. R.

GENOGLIFICO

Adriático 1 NOOO  
MR KN TTTT

I. T. R.